

El Latín y su didáctica

METODOLOGIA DE LA TRADUCCION



Por J. JIMENEZ DELGADO, C. M. F.

Los ataques contra el latín se han agudizado en estos últimos años. No nos interesa, de momento, entrar en la razón o sinrazón de estos ataques. Nos basta con dejar constancia del hecho y luego tratar de contrarrestarlos más con realidades que con palabras.

Tal vez el argumento más fuerte que lanzan los impugnadores del latín es la ineficacia y casi esterilidad de su enseñanza. Esta acusación, aunque desorbitada en muchos casos, no deja de tener su confirmación en muchos otros, por desgracia.

El diagnóstico, en cada caso concreto, de las causas de la inoperante enseñanza del latín no es fácil darlo con precisión. Lo que sí puede decirse, en términos generales, es que hay que hacer hincapié en lo referente al método. Si queremos dar eficacia a la didáctica del latín urge revisar, actualizar y vivificar su metodología. Todas las disciplinas han renovado sus métodos, incluso las lenguas vivas. ¿Por qué habrá maestros que se empeñen en seguir con procedimientos anticuados, sobre todo teniendo en cuenta la disminución en el horario de clases y el desinterés de la sociedad actual y de los mismos alumnos por el latín? Forzoso es rejuvenecer el viejo árbol de la enseñanza de esta noble disciplina si queremos recoger mejores frutos. La batalla planteada en torno al latín no la ganaremos con discursos ni apologías más o menos contundentes. Hay algo mejor que la propaganda verbal o escrita: la calidad y el provecho de nuestros alumnos. Ellos son los que tienen que defender el latín mostrando a sus destructores que no es una disciplina inútil e inane, sino pieza clave en todo sistema humanístico de educación, que es el que necesita la clase dirigente ya para la cátedra, ya para la técnica, ya para los puestos de gobierno. Con datos en la mano interesa demostrar que el latín ha servido de ayuda para escalar los primeros puestos en los diferentes caminos por donde se desenvuelve la vida de la juventud estudiosa.

Estas ideas las aireaba no hace mucho en uno de sus discursos el anterior Ministro de Educación Nacional señor Rubio.

Urge, pues, una renovación profunda en la enseñanza del latín, a base de métodos más modernos, pero sin perder el espíritu que inspiró a los grandes maestros del Renacimiento y que les permitió llegar a un dominio tal de esta lengua sabia, que aún hoy día causa general admiración. No hay motivo para seguir enseñando el latín como lengua muerta, ni menos para continuar con una didáctica que sólo engendra en los alumnos el tedio y la repulsa de la asignatura. Entre tantas cosas que conviene

reformular y actualizar, tal vez sea lo más importante amenizar la enseñanza, crear ambiente de simpatía hacia el latín, entusiasmar a los muchachos por esta disciplina. Esto, unido a un uso discreto y sabio de la gramática, a la necesidad de hacer desde los primeros años un buen acopio del vocabulario y orientar en lo referente a la traducción, sin descuidar el ejercicio de hablar y, sobre todo, de escribir latín, de tan frecuente uso en otros tiempos y de resultados tan maravillosos si se hace como es debido, no podrá menos de darnos excelentes frutos. Al proponer estos remedios tengo presentes las orientaciones de carácter pedagógico fijadas en los votos del Congreso Internacional en pro del Latín Vivo, celebrado en Avignon en septiembre de 1956 (1).

1) AMENIZAR EL LATÍN Dada la actual crisis del latín (que no es privativa de esta asignatura, sino que afecta en general a toda la Enseñanza Media y que hunde sus raíces en una realidad más profunda, la batalla planteada entre el espiritualismo y el materialismo naturalista de la vida moderna), no podemos evitar que los alumnos vengan ya con prejuicios contra nuestra disciplina. Está demasiado acentuada la idea de que el latín es difícil y, sobre todo, penoso y arcaico. ¿Para qué, se dicen, estudiar una lengua muerta? Esta idea es la primera que debe desterrar el profesor, más con hechos que con palabras, si verdaderamente quiere crear un clima de afición e interés por el latín. Es natural una fuerte repulsión, más tratándose de niños, a todo lo que encierra idea de muerte y descomposición (2).

Desde el principio ha de procurar el profesor allanar las dificultades y llevar al ánimo de sus discípulos la idea de que el león no es tan fiero como lo pintan. A veces se ha exagerado la facilidad del latín (3). Esto hace que al surgir las primeras dificultades, el alumno, defraudado, se muestre recalcitrante y abandone poco a poco la asignatura.

Es importante que el maestro sepa explotar los llamados *realia*: mapas, fotografías de personajes y monumentos, esquemas gráficos, discos, cantinelas, etc., para ilustrar y amenizar sus explicaciones. Libritos de adivinanzas, chistes, cuentecitos, sentencias, curiosidades, cartas, dialoguitos fáciles, pueden prestar muy buenos servicios al profesor para crear ambiente

(1) Citaremos las actas del mismo (cf. pág. 209) como *Congr. Av.*; cf. la reseña de págs. III 478-480.

(2) Cf. la enérgica afirmación del profesor Beach en *Cong. Av.* 80. *Omniun igitur primum censeo hanc notionem pravissimam e mente hominum evellendam, exstirpandam, funditus tollendam.*

(3) Guillén: *El latín es muy fácil* (*Helmantica* II 1951, 214-232). Este artículo, que ciertamente contiene datos útiles, es, en su aspecto pedagógico, un arma de dos filos, que aprovechará o perjudicará según las circunstancias y disposición de quien la aplique. Vizoso insiste en la idea contraria. El latín no es fácil—dice—, y menos en los principios. Requiere un coeficiente mental no demasiado bajo. El latín no es fácil, como no suelen serlo, por lo regular, los saberes más fundamentales y formativos. Por eso necesita un buen método, un buen profesor y más aún un buen alumno; bueno por sus dotes de talento y aplicación. Sin un serio esfuerzo por parte del alumno, fracasarán los mejores métodos y los mejores profesores.

de simpatía hacia el latín y hacer interesante la clase (4). A falta de estos libritos auxiliares, revistas como *Palaestra Latina*, *Latinitas*, *Acta Diurna* (5), proporcionan periódicamente abundante material, que, bien utilizado, no dejará de despertar el interés de los alumnos (6). Ni faltan autores que han ensayado métodos de latín especialmente atractivos. Conocidos son los libros de Salomón Reinach, *Eulalia o el griego sin lágrimas* y *Cornelia o el latín sin lloros*. Igualmente recomendable, el *Primus liber*, del profesor Ugo Enrico Paoli, de Florencia (Sansoni, 1951, 7.ª edic.), y otros libros y opúsculos del mismo autor, en que se derrocha el más sano buen humor, como *Musa iocante* (1929), *Aenigmata* (1942), *Fabellae tres* (1944), *Indorum sapientia* (1944), *Mel non impune subreptum* (1953), *Nocturnus mus* (1957), *Apis Matina* (1957). Recientemente la casa Hachette, de París, ha publicado un primer libro de latín titulado *Marcus et Tullia*, original del profesor Verdier, que, a mi entender, ha resuelto el problema de amenizar la enseñanza del latín mucho mejor que Payot con sus cuadernos, no muy afortunados, de su método *Le latin par la joie*. En Inglaterra responden a esta mentalidad los tomitos de la colección *Latin of Today*, y más aún los dos libros *Principia* y *Pseudolus noster*, de Peckett y Munday.

No faltarán ciertamente alicientes al profesor de latín para que se entusiasme por su asignatura y logre con éxito amenizar sus clases. Los resultados se palparán pronto, ya que el entusiasmo es contagioso y prende fácilmente en el alma naturalmente soñadora y optimista de los muchachos.

Pero, aparte de estos recursos externos, tiene que poner especial cuidado el profesor de latín en el trato con los niños y en la exposición de la materia. Si no es amable, indulgente, comprensivo, ameno en la explicación, él mismo con su modo de proceder acentuaría el mal, y la aversión hacia la asignatura se encontraría tal vez para siempre.

Es aleccionador lo que ocurrió a San Agustín, ingenio tan privilegiado, con respecto al griego. Por el mal genio de su maestro se apoderó de su espíritu una antipatía tan profunda hacia la literatura griega, que no pudo dominarla. Públicamente lo declara él en sus *Confesiones*, tratando de disimular la culpa de su maestro: *Quid autem erat causae, cur Graecas litteras oderam, quibus puerulus imbuebar, ne nunc quidem mihi satis exploratum habeo* (7). Sin embargo, poco después confiesa ya claramente que esta aversión al griego nació en él del rigor exacerbado y de los tremendos castigos de su implacable preceptor: *nulla enim uerba illa [Graeca]*

(4) Jiménez: *El latín, lengua viva* (*Helmantica* V 1954, 175-287) y *Lingua latina, lingua universalis* (cf. págs. III 479 y V 209), en *Congr. Av.* 112-116.

(5) *Palaestra Latina* se publica en Barcelona desde 1930; *Latinitas*, desde 1952 en la Ciudad del Vaticano; *Acta Diurna* es editada en Inglaterra por «The Orbilian Society». *Vita Latina*, en Avignon.

(6) También es muy recomendable el curso de lengua latina compuesto por un grupo de profesores franceses bajo la dirección de Leon Debeauvals. Son ya varias las ediciones que lo acreditan. En España, mis tomitos de latín han querido representar una modesta contribución a esta renovación de la enseñanza de la lengua de Roma.

(7) *Conf.* I 13.